

—Me late—dijo—y me duele, porque los celos me atosigan; tengo celos de ti...

Ella le miró asombrada.

—Sí, de ti—continuó el pintor—, ¿de quién había de ser?... Celos terribles que se refieren a tu historia; celos retrospectivos, que durarán lo que mi amor, porque no pueden vengarse...

Matilde le escuchaba sin saber a qué venía aquello; él hablaba apresuradamente, pronunciando un discurso deshilvanado, caótico, de loco enamorado, en el que iban confundidos protestas de cariño, arrebatos iracundos, tristezas, lamentos de amante que mira acongojado las manchas de barro que salpicaron a la pureza de su ideal. Claudio, que conocía la historia de Matilde, empezó a recordarla y cada episodio aumentaba su sombría pesadumbre. Habló de Antonio Santero, de aquel amante que empeña la virtuosa viudez de Matildita Landaluce, de Pablo Estrada y de otros amores inconfesados que su suspicacia adivinaba palpitando en la sombra; torpes caídas que ella negaba con el tesón de la mujer que quiere tener pasiones y no caprichos. Aquel celoso arrebato tenía algo de infantil y de trágico que apenas.

—¿Cómo te rendiste?—decía—, ¿cómo entregaste tantos atractivos por un instante de placer?...—¡ Ah!... ¿No comprendías que ninguno de tus amantes apreciaba el inmenso valor de tu vencimiento?... Y cuando les besabas, ¿no presentías que ibas a pertenecerme?...

Sus palabras tenían tal acento de tristeza, que Matilde Landaluce se conmovió; y como si encogiéndose fuese menos accesible al dolor, recogió los brazos y las piernas, haciéndose un ovillo. En aquellos momentos, escuchando la voz de su amante que parecía la de su propia conciencia, revivió sus añejos dolores y sus menguados pla-

ceres perdidos: recordó el santo amor del primer esposo, su viudez, sus horas de nostalgia, su matrimonio con Pablo Estrada, su vida presente llena de criminales emociones... Cada recuerdo apretó un poco el nudo de secretos dolores que oprimían su garganta, y cuando la pena no la cupo en el pecho, rompió a llorar.

Antúnez meditaba viendo aquel dolor que respondía al suyo: era una escena muda, preñada de pensamientos negros donde el amor bañaba con lágrimas de arrepentimiento las marchitas flores que enguinaldaron sus pasadas veleidades. Nunca se sintió tan conmovido, y cuando Matilde levantó la cabeza para recibir en sus labios el beso de perdón, vio que Claudio, a pesar de su varonil despreocupación, también tenía los ojos arrasados.

VII

Cuatro Caminos es uno de los barrios más feos de Madrid; ocupa un terreno árido que se extiende a ambos lados de la carretera que conduce al pueblo de Tetuán, desde los verdes sotos de la Moncloa hasta el canal de Lozoya, que lo limita por su parte oriental.

Lo constituyen las ventas de Amaniel, el templo de Nuestra Señora de los Angeles, cuyas blancas torres se dibujaban alegremente sobre el fondo azul del cielo, iluminadas por el sol, con su bullicioso clamoreo de campanas y su risueño aspecto de iglesia moderna; dos conventos, muchos hoteles y algunas fábricas, y el caserío, que es pobre, formado en su mayor parte por casitas de un solo piso; casucas mal revocadas, con ventanas irregulares, protegidas por barrotes de hierro despintados; todas sucias, tristes, como si

apreciasen la nostalgia de la miseria que sufren sus moradores y quisieran revelársela al transeunte. Las calles están retorcidas y sin empedrar, y las gallinas y los cerdos circulan por ellas libremente, cacareando las unas encima de los estercoleros y hozando los otros en el fango de los baches; muchas no tienen numeración y las viviendas permanecen anónimas, esperando una cifra con la inalterable resignación de las cosas muertas.

El comercio es nulo; algunas tiendas, especies de bazares donde se venden ligas y pantalones de mujer, y boinas y botas de cuero blanco, para hombres; encajes y trencillas, un poquito de ferreteria y quincalla, fajas, sombreros... También abundan las tiendas de géneros ultramarinos y las tabernas, estas últimas en asombrosa cantidad.

En invierno, las nieves y las lluvias convierten a la mayor parte de las calles en barrizales intransitables; en verano, el suelo, de naturaleza arenosa, desecado por el sol, desprende un polvo espeso que el viento barre, levantando nubes que ciegan al caminante y empercuden las paredes de las casas, estropeando la bonitura de los revocamientos.

El vecindario es pobrísimo; la mayor parte son obreros que trabajan en Madrid; otros están empleados en el Fielato y muchos viven consagrados a las faenas del campo y al contrabando. Por las noches, fiados en su habilidad o en la protección de algún guarda, conducen a campo traviesa su matute; pero no siempre los resultados corresponden a sus deseos, y entonces procuran obtener a tiros lo que con amaños y dádivas no consiguieron: son las sublimes tragedias del hambre, que van rodeando a Madrid en un círculo de sangre que empapó el suelo y permanece allí, esperando la hora de la venganza.

Las mujeres también se dedican a trabajos rudos; muchas merodean las cercanías, recogiendo leña para sus hogares y pordioseando, y otras lavan en una artesa, delante de sus casas, tomando el sol, con las faldas recogidas alrededor de la cintura y los robustos pies desnudos calzados con zuecos; las viejas se sientan, en los días bonancibles, junto a las paredes, a dormir con el pañuelo echado sobre el rostro para que la demasiada luz no deslumbre sus ojos cansinos: son las vencidas de la vida, despojos del combate titánico que la humanidad riñe a la miseria, y que sucumbirían si no tuvieran hijas que las amparasen; y sobre aquella vejez abatida y harapienta que bosteza al sol, corretean millares de moscas testarudas que vuelven si se las espanta, cual si olfateasen la carne que la muerte reparte en sus festines.

Hay varias escuelas públicas a donde concurren multitud de rapaces culirrotos y carisucios, que sólo saben rezar mal y meterse los dedos en las narices: entran muy temprano y salen a las cinco de la tarde, con la cartera de los libros terciada a la bandolera y las tentaciones de Caín; los más pequeños van en grupos, cogidos de las manos para resistir el empuje de los mayores, y los remendados pantaloncillos de pana sujetos al cuerpo con un tirante que les cruza por encima de un hombro, dividiendo sus bustos con una línea oscura, que parece un zodiaco de cuero; círculo máximo de aquellos cuerpos que el desaseo convirtió en planetillas habitados por legiones de insectos sanguinarios. Después el bullicioso enjambre de puntos negros se desparra: unos juegan al toro en medio del camino, otros desaparecen por las callejuelas del barrio, caminando silenciosos a lo largo de las aceras, y algunos más independientes o menos sensibles

a las reprimendas y pescozones paternas, se organizan en guerrillas y van a buscar camorra con los granujillas de Chamberí.

Estos detalles, considerados en conjunto, dan una fisonomía especial del barrio de Cuatro-Caminos; y con sus pobres viviendas de un piso, pequeñas y mal alineadas; sus calles anónimas y sin empedrar, abiertas algunas de ellas entre los paredones de dos huertas; sus mujeres desarra-padas, cantando y bailando al aire libre; sus viejas tripudadas tomando el sol sentadas en el suelo, a lo largo de las paredes, y su chiquillería pendenciera, parece un pueblo del interior de Castilla a donde aun no ha llegado el ferrocarril, y que vive ignorado de los geógrafos, a la sombra de sus conventos.

En la parte oriental hay multitud de calles que apenas están bosquejadas; sin duda se pensó edificar por aquel lado, pero las obras se abandonaron y las edificaciones yacen inconcluidas; alrededor de ellas parecía circular ese aire frío que sopla en torno de las cosas muertas: se ven paredes aisladas, torcidas, que amenazan ruina, limitando solares que los vecinos han convertido en corrales; casas que quedaron sin cubrir y cuyas vigas podridas se desplomaron, formando un montón informe de escombros; de ellas, sólo quedan las paredes y los huecos donde las ventanas debieron ser colocadas; algunas, a quienes la paralización de los trabajos sorprendió en un mayor estado de adelanto, conservan los balcones y las puertas, que se abren o cierran, gimiendo lúgubremente, a impulsos del viento; otras son pobrísimas, y de ellas sólo restan paredones resquebrajados hechos con arcilla y pedruscos de diversos colores y tamaños. Estas ruinas yacen diseminadas, cortando la aburrida monotonía de los campos cultivados y dando a todo aquel barrio un

tristísimo aspecto de pueblo abandonado. Sobre estas edificaciones se destacan las aspas de algunos molinos que mueve la brisa; es la nota alegre del paisaje, el acorde perfecto, sonoro, que recuerda la existencia febril de las fábricas, contrastando con aquel concierto de tristes melodías.

El hotel de Matilde Landaluce era uno de los más bonitos de Cuatro-Caminos: está edificado a la derecha de la carretera entre otros dos más pequeños, frente a un campo, del que lo separaban una zanja poco profunda y algunos árboles, bajo los cuales lucía por las noches un farol de petróleo que iluminaba la fachada de los tres hoteles con una tímida luz de lámpara funeraria. El hotelito constaba de dos pisos, planta baja y principal, con jardín a la parte anterior y huerta con gallinero y pozo, a la trasera; tenía además dos pabellones de un solo piso que avanzaban por uno y otro lado de la casa; entre ellos, la verja que los unía por delante y la fachada principal del edificio, quedaba encerrado el jardín, formando un cuadrilátero perfecto, con sus enredaderas trepadoras cuajadas durante los meses de verano de blancas campanillas, su cenador, sus flores y sus callejas enarenadas.

Subiendo los dos escalones de piedra extendidos ante la puerta principal, había un pequeño recibimiento, que dividía la casa en dos cuerpos; a la derecha estaba el escritorio de Pablo Estrada, situado en el pabellón izquierdo, sin otros muebles que la mesa y una sillería de Viena: era un cuarto espacioso, de forma rectangular, bien ventilado, alegre, que convidaba al estudio. La ventana de este pabellón, lo mismo que la del opuesto, tenía rejas que podían abrirse sobre el campo. Al despacho seguía una salita de confianza, adornada con gusto y sobriedad; y tras esta habitación y avanzando hacia el interior del ho-

tel, estaban la de la sirvienta y el cuarto de baño, con su pila de mármol, su espejo de cuerpo entero y sus grifones de bronce.

En el lado izquierdo estaba el otro pabellón, que Matilde escogió para cuarto de costura, exactamente igual en dimensiones y decorado al despacho de Pablo. Este pabellón comunicaba con el comedor, espaciosa habitación amueblada con un aparador, una mesa de nogal capaz para ocho personas y una sillería de cuero; del techo pendía una lámpara, alrededor de cuya pantalla había pegado Matilde varios cromos recortados: un *jockey* montado sobre un caballo que parecía un perro galgo lanzado a todo correr; varios conejitos diplomáticos vestidos con sendos casacones azules, dos chulos riendo, con las navajas abiertas; uno extendía el brazo en actitud de herir, mientras el otro reculaba, parando el golpe y pisándose un extremo de su faja desceñida: un angelito mofletudo sentado sobre un caracol, y dos diablillos vestidos de rojo riendo sardónicamente, con una mueca que desfiguraba sus rostros enjutos y expresivos...

Estas figurillas de vivos colores, que apenas tendrían tres centímetros de altitud, estaban colocadas unas a continuación de otras, cual si bailasen una danza macabra sin fin: por las noches, cuando la lámpara ardía, las figuras se recortaban violentamente sobre el fondo iluminado de la pantalla, y Matilde se divertía haciéndolas pasar en interminable procesión, corriendo unas tras otras sin alcanzarse nunca. Las paredes estaban adornadas con cuadros representando frutas y dulces; el suelo, alfombrado; las paredes cubiertas por grandes cortinajes.

Detrás del comedor, y comunicándose con él por un torno, estaba la cocina: grande, clara, con los vasares adornados por papeles multico-

lores, que alegraban la blancura de las paredes. A la terminación del pasillo que, arrancando del recibimiento, dividía la planta baja del hotel en dos cuerpos iguales, estaba la huerta, donde Pablo Estrada entretenía sus aficiones de agricultor cultivando multitud de flores, especialmente rosales y jazmines, removiendo la tierra para mejorar la calidad de las uvas del emparrado, cuidando los perales, guindos y albaricoqueros, y distribuyendo la arena de los caminos; allí pasaba muchas horas del día, abriendo hoyos para nuevas plantaciones, sacando agua del pozo y preparando injertos, siempre a vueltas con el rastro y la podadera, limpiando el suelo de hierbajos inútiles, persiguiendo a las larvas y a los canacoles voraces, feliz con respirar los perfumes de las flores por sus manos plantadas, comer las frutas de sus frutales y coger los huevos de sus gallinas.

Del recibimiento arrancaba la escalera que conducía al piso principal. En éste se hallaba el salón, vasta pieza rectangular, con un mirador de cristales y dos ventanas sobre el jardín, y dos puertas laterales, de las cuales la izquierda conducía al dormitorio de Matilde y la otra al de su madre. Los muebles y los cortinajes que decoraban las puertas y el mirador eran de brocatel de seda color salmón, rameado de plata vieja; había dos divanes rinconeras, dos sillas volantes, un par de jugueteros y los retratos de don Juan Landaluce y de doña Carolina, dibujados al carbón; del techo pendía una lámpara de bronce dorado con colgajos de cristal tallado, sobre un *trísage* adornado de flores artificiales, y delante del mirador y para aminorar la intensidad de la luz, había un transparente con flores y pajarracos japoneses: el suelo estaba alfombrado; por los visillos de las ventanas penetraba una luz discreta,

lechosa, de santuario abandonado. El dormitorio de la joven tenía puerta de escape al pasillo, y otra que daba acceso a la azotea del pabellón izquierdo: era una alcoba muy grande, estucada, en medio de la cual reposaba el soberbio lecho de nogal que servía de blanco tálamo al matrimonio. El cuarto de doña Carolina era idéntico al de su hija, además había un cuarto-ropero y otras dos habitaciones, alegres, limpias, con ventanas a la huerta.

No tenía más el hotel, y tenía lo justo; era precioso, nuevo, perfectamente distribuido, con todas las comodidades apetecibles y bien soleado; un hotelito que hubiera sido el edén para Matilde Landaluce si Estrada se hubiese transformado en Claudio Antúnez.

Pablo se levantaba siempre antes que ella, siguiendo sus inveteradas costumbres de comerciante madrugador a quien los negocios seducen más que las blanduras del ocioso colchón: Matilde fingía dormir, rehuyendo la conversación, y con los ojos medio cerrados le veía saltar del lecho, calzarse las zapatillas y dirigirse a largos pasos hacia la ventana, destacando en la penumbra de la habitación la negra silueta de su cuerpo; luego, al abrir las maderas, su figura surgía violentamente, iluminada por la luz del sol, y aparecía de espaldas y en ropas menores, mostrando la angulosa cabeza ladeada, el cuello débil y el desmedrado cuerpecito: permanecía inmóvil largo rato, contemplando la explanada y el cariz del cielo; y después daba media vuelta para seguir vistiéndose, y entonces ella veía su estrecho esternón, su barba puntiaguda, su rostro ajado, sobre el cual las arrugas de la almohada habían impreso algunas huellas...

A Matilde le repugnaba todo aquello, pero se complacía en mirarle con una especie de ensa-

ñamiento, examinando sus tobillos prominentes, sus pies demasiado grandes, sus calcetines blancos caídos sobre el empeine... Jamás creyó casarse con un hombre tan contrario a su ideal masculino: Matilde Landaluce era la poesía creando un mundo de hermosos sueños para vivir en él; Pablo Estrada, el hombre prosaico ocupándose de todo lo vulgar; ella, era una vida de artista ardiente que empieza; él, una existencia de comerciante metalizado y aburrido que concluye: era lo ideal y lo real abofeteándose, la materia vil degradando al espíritu, Sancho Panza mofándose de Don Quijote y arrojándole al rostro su grosería.

Cuando Matilde se levantaba acudía al dormitorio de su madre a informarse de su salud, y cumplido este deber filial, iba a lavarse; allí encontraba a Pablo, con la camisa y la corbata puestas, los tirantes caídos y los brazos en alto, ocupado en partirse el pelo delante del espejo; entonces se saludaban, y ella presentaba la frente para no recibir en la boca el beso, secuela repugnante del saludo. Durante el desayuno Pablo Estrada hablaba de las peripecias de la noche, de algún tiro que hubiese resonado por aquellos contornos, de que le dolía el estómago y pensaba tomar una purga...

—Mírame la lengua—decía—; creo que la tengo sucia...

Extendía el cuello para que su mujer le examinase mejor, acosándola con preguntas de enfermo aprensivo; ella se encogía de hombros, diciendo secamente:

—Púrgate, si quieres...

Luego él encendía un cigarro y se iba a la huerta, o se metía en su despacho, esperando la llegada del correo. Matilde le dejaba entregado a sus quehaceres, y no bien cumplía las faenas

matutinas de las mujeres hacendosas, cogía el periódico, que a primera hora echaba un muchacho por bajo la verja del jardín, y se sentaba a leer.

Aquel rato era para ella el mejor del día: leyendo el periódico se acordaba de Madrid, de su próxima cita con Claudio, del rostro picaresco con que saldría a recibirla Antonia Carrasco. El periódico era para ella un panorama; un viaje rapidísimo hecho alrededor del globo y sin moverse de su butaca; un eco del mundo; la voz de los humanos que diariamente se comunican sus impresiones por medio del telégrafo; el fonógrafo que llevaba a sus oídos los gritos alegres o tristes de los pueblos remotos que ríen o lloran...

Matilde Landaluce, sugestionada por sus lecturas, padecía el vértigo de las distancias: quería verlo y conocerlo todo por sí misma; ser ciudadana de todos los pueblos, visitar el Niágara y las cumbres del Himalaya, jugar al tresillo en el Casino de Monte-Carlo y ver desde la torre de la catedral de Cristianía una aurora boreal: el calor enervante de los países tropicales, las fieras de los bosques africanos, desperezándose al sol y mostrando en largos bostezos sus encendidas fauces, los osos blancos persiguiendo a las focas embarcadas sobre témpanos de nieve, los esquimales habitando en casas de hielo, y los indios besando humildemente el suelo de sus pagodas... Todo tenía para ella un encanto inapreciable: la mágica seducción de lo desconocido realizado por la distancia.

La persona que no viaja es tan indiferente como el inquilino que habitando en una magnífica casa no quiere tomarse el trabajo de salir del cuarto que eligió para dormitorio. Matilde suspiraba por un más allá, y conforme tras los mayo-

res anhelos del espíritu, hay otros que aparecen según los primeros van saciándose, así tras el horizonte visible existen horizontes inmensos, por los cuales el pensamiento puede dilatarse libremente. En ellos hay ciudades iluminadas por el mismo sol espléndido, ruido de fiestas, juventud retozona que se divierte, y mujeres hermosas y hombres apasionados que las persiguen rendidos de amor; la humanidad, en fin, que avanza majestuosa hacia la muerte, entonando, desde las heladas estepas de Siberia a los abrasadores desierto arábicos, un himno al placer, un hosanna magnífico a la Naturaleza bienhechora, que dió a los nervios capacidad para vibrar gozando los deleites del mundo inundado por el sol...

En esto pensaba, y aquellas inútiles meditaciones acrecían el tedio insoportable de su obscuro retiro. ¿Qué era su hotelito, con sus dos pabellones y su huerta poblada de gallinas vocingleras, más que un punto miserable, microscópico, infinitesimal, perdido en la superficie de esa Tierra, que a su vez es un átomo inapreciable del Cosmos...? Y ante la idea de su vertiginosa pequeñez, Matilde Landaluce, que hubiera querido medir el infinito con su pensamiento, se creía más diminuta de lo que era y sentía ganas de morir, de anularse, llorando el inmenso infortunio de ser chiquita.

En estas lecturas invertía el resto de la mañana, y cuando la llamaban a almorzar no se movía, esperando a que repitiesen el llamamiento; sólo entonces entraba en el comedor con el semblante pálido, y el mal talante del que despierta de un sueño agradable para abismarse en la realidad abrutada.

La comida jamás ofrecía atractivos inesperados; era una reunión silenciosa de gentes que no tienen nada nuevo que decirse. La joven ocupa-